

B. B. ALSTON

AMARI

Y LOS

HERMANOS DE LA NOCHE

RBA MOLINO

AMARI

Y LOS
HERMANOS DE LA NOCHE



B. B. ALSTON

Traducción de Montse Triviño

RBA

Título original inglés: *Amari and the Night Brothers*.

Publicado por acuerdo con Lennart Sane Agency AB.

© del texto: B. B. Alston, 2021.

Ilustraciones del interior: Lidia Fernández Abril.

Diseño de cubierta: Matt Jones.

Adaptación de cubierta: Compañía.

© de la traducción: Montse Triviño González, 2021.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2021.

Av. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: marzo de 2021.

RBA MOLINO

REF.: MONL662

ISBN: 978-84-272-1938-0

Depósito legal: B. 1675-2021

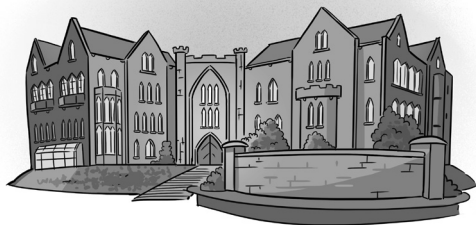
Pleca Digital • Preimpresión

Impreso en España • *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados

*Para mi esposa, Quinteria,
que siempre ha creído en mí*



Estoy sentada en el despacho del director. Otra vez. En el pasillo, al otro lado de la puerta de cristal, el director Merritt está aguantando como puede la bronca de la madre de Emily Grant. Con tantos gestos exagerados, cualquiera diría que le he hecho a la princesita estirada de su hija algo más que darle un empujoncito de nada. Ha sido Emily quien ha empezado la pelea. Qué culpa tengo yo de que haya perdido el equilibrio y se haya caído al suelo delante de todo el mundo.

Emily está detrás de su madre, rodeada por su pandilla. Se tapan la boca con la mano y me miran a través del cristal de la puerta como si no pudieran esperar el momento de pillarme a solas. Me reclino en la silla para que no me vean. «Esta vez sí que la has liado, Amari».

Le echo un vistazo al retrato de un chico de piel oscura que cuelga de la pared, detrás de la mesa del director Merritt, y no puedo evitar fruncir el ceño. Quinton sostiene con orgullo el trofeo que ganó en el concurso estatal de mates. A mamá

y a mí no se nos ve, pero estamos justo al lado del escenario, animándolo.

Ahora ya no hay muchos motivos para animar.

Se abre la puerta y la señora Grant entra hecha una furia, seguida de Emily. Ninguna de las dos establece contacto visual y se limitan a sentarse en las sillas más alejadas. La antipatía que les inspiro llena de repente todo el despacho. Arrugo la frente y cruzo los brazos: el sentimiento es mutuo.

Y entonces entra mamá, vestida con la bata azul del hospital. Una vez más, ha tenido que salir del trabajo por mi culpa. Me incorporo en mi silla para defenderme, pero ella me lanza una mirada asesina y las palabras se me atascan en la garganta.

El director Merritt se sienta en su sillón y, con una mirada cansada, nos observa alternativamente a todas.

—Ya sé que lo de estas dos niñas viene de hace tiempo, pero dado que hoy es el último día de clase...

—¡Quiero que le retiren la beca a esa niña! —explota la señora Grant—. ¡No pago lo que pago de matrícula para que a mi hija la agredan en los pasillos!

—¿Agredirla...? —empiezo a decir, pero mamá levanta una mano para interrumpirme.

—Amari sabe muy bien que no debe pegar a nadie —explica mamá—, pero esto se veía venir. Esas niñas no han hecho más que acosar a mi hija desde que puso los pies en este centro. Los mensajes que publicaban en sus muros de las redes sociales eran tan horribles que incluso nos planteamos cancelar las cuentas de Amari.

—Y nos ocupamos de esa cuestión en cuanto se nos informó de ello —dice el director Merritt—. Las cuatro alumnas recibieron una advertencia por escrito.

—Y las cosas que me dicen en persona, ¿qué? —digo, al tiempo que me inclino hacia delante con la cara ardiendo—. Me llaman Obra de Caridad y Muerta de Hambre y me recuerdan a la menor ocasión que las alumnas como yo no pintamos nada aquí.

—¡Porque es verdad! —dice Emily.

—¡Silencio! —le suelta la señora Grant a su hija, que hace un gesto de impaciencia.

La señora Grant se pone en pie y concentra toda su atención en mamá.

—Tendré una charla con mi hija acerca de su comportamiento, pero su hija la ha agredido físicamente... Podríamos denunciarlas, así que tiene usted suerte de que no quiera llevar esto más lejos.

Mamá está furiosa, pero se muerde la lengua. Me pregunto si será porque la madre de Emily tiene razón en lo de denunciarme. De hecho, casi todo el colegio lo ha visto.

—Levántate —le dice la señora Grant a su hija, tras lo cual se dirigen a la puerta. La señora Grant se detiene de golpe y se vuelve a mirarnos—. Espero recibir una notificación en el momento en que se cancele su beca. De lo contrario, la Asociación de Madres y Padres tendrá mucho que decir en la siguiente reunión.

Y salen dando un portazo.

Estoy tan furiosa que me cuesta seguir sentada. Es tan injusto... Las personas como Emily y la señora Grant jamás entenderán qué significa no tener dinero. Pueden hacer lo que les dé la gana sin que haya consecuencias, mientras que los demás tenemos que andarnos siempre con pies de plomo.

—¿De verdad le van a quitar la beca a Amari? —pregunta mamá con un hilo de voz.

El director Merritt baja la mirada.

—En lo que se refiere a las agresiones físicas, tenemos una política de tolerancia cero. Según las normas de la escuela, tendríamos que expulsarla. Retirarle la beca es el castigo más leve que puedo ofrecer.

—Entiendo... —dice mamá, al tiempo que se hunde en la silla.

Mi rabia se transforma en vergüenza. Mamá ya está triste por lo de Quinton, solo le falta que ahora yo le dé más problemas porque no soy capaz de lidiar con unas cuantas abusonas.

—Ya sé que las cosas no han sido... fáciles —me dice el director Merritt— desde la desaparición de Quinton. Era un chico excepcional con un futuro brillante de verdad. No hace falta ser ingeniero de la NASA para darse cuenta de que tus problemas de conducta empezaron justo después del incidente, Amari. Si te parece bien, puedo buscarte a un terapeuta que te visite sin cobrar...

—No necesito ningún terapeuta —lo interrumpo.

El director Merritt frunce el ceño.

—Deberías hablar con alguien acerca de tu rabia.

—¿Quiere saber por qué he empujado a Emily? Porque a ella le ha parecido divertido burlarse de mí y decir que mi hermano está muerto. Pero no lo está. Me da igual lo que puedan decir los demás. Está ahí fuera, en alguna parte. Y cuando lo encuentre, ¡todo el mundo tendrá que darme la razón!

Estoy temblando y me resbalan lágrimas por las mejillas.

El director Merritt no dice nada. Mamá se pone en pie despacio y me abraza.

—Espérame en el coche, tesoro. Enseguida acabo aquí.

Volvemos a casa en silencio. Han pasado casi seis meses desde la desaparición de Quinton, pero no parece que sea tanto. Tengo la sensación de que fue ayer mismo cuando llamó al móvil de mamá para decir que pasaría las Navidades en casa. Y era toda una novedad, porque Quinton siempre estaba fuera desde que consiguió ese trabajo tan raro al terminar el instituto. La clase de trabajo en el que uno no puede decir a los demás a qué se dedica.

Yo solía jurar ante todo el que quisiera escucharme que Quinton era una especie de superagente secreto, rollo James Bond, pero él me dedicaba una sonrisita irónica y decía: «Te equivocas, aunque no del todo». Cada vez que intentaba son-sacarle información, él se echaba a reír y decía que ya me lo contaría cuando fuera mayor.

A ver, Quinton es muy pero que muy listo. Se graduó con las mejores notas en la Academia Jefferson y dos universidades de la Ivy League le ofrecieron beca completa. Él, sin embargo, las rechazó con el objetivo de seguir trabajando para quien estaba trabajando. Cuando desapareció, yo no dudé de que su trabajo secreto tenía algo que ver. O, por lo menos, de que alguna de las personas que trabajaban con él tal vez supiera qué había ocurrido. Pero cuando les hablamos a los detectives sobre ese trabajo, nos miraron a mamá y a mí como si estuviéramos locas.

Tuvieron el morro de decirnos que, por lo que ellos sa-

bían, Quinton no tenía trabajo. Que no había ninguna declaración de impuestos que confirmara que alguna vez hubiera trabajado. Pero eso no tenía ningún sentido, porque Quinton jamás habría mentido en algo así. Mamá les contó que Quinton enviaba dinero a casa de vez en cuando para ayudarnos a llegar a fin de mes, pero los detectives insinuaron que tal vez Quinton estuviera metido en algún asunto del que no quisiera hablarnos. Algo ilegal. Eso es lo que dice siempre la gente cuando eres «del Wood», o sea, de las viviendas sociales Rosewood para familias con pocos ingresos.

El coche traquetea cuando pasamos por encima de las vías del tren, lo cual me indica que ya hemos llegado a mi barrio. No voy a mentir, volver aquí se me hace raro después de haber estado en la otra parte de la ciudad. Es como si el mundo pareciera más brillante en la Academia Jefferson y todas esas casas alegres y enormes de los alrededores. En comparación, el barrio del que yo vengo parece gris. Pasamos frente a licorerías y tiendas de empeños y veo a camellos apoyados en las señales de tráfico con cara de pocos amigos, como si el mundo les perteneciera. Veo a Jayden, un chaval al que conozco desde el cole, con un grupito de chicos mayores. Lleva una gruesa cadena de oro colgada del cuello. Reconoce nuestro coche y me sonrío cuando pasamos.

Intento devolverle la sonrisa, pero no sé si me sale muy convincente. No hemos hablado desde que Quinton desapareció. Desde que Jayden empezó a quedar con los tíos de los que le había prometido a mi hermano que se iba a mantener alejado.

Cuando aparcamos delante de nuestro bloque de pisos, mamá oculta la cara entre las manos y se echa a llorar.

—¿Estás... estás bien? —le pregunto.

—Tengo la sensación de que te estoy fallando, tesoro. Trabajo turnos de doce horas, cinco días por semana. Deberías tener a alguien con quien pudieras hablar.

—Estoy bien. Y sé que trabajas tanto porque no tienes más remedio.

Mamá niega con la cabeza.

—No quiero que tengas que luchar tanto como yo. La beca en la Academia Jefferson era tu billete a una buena universidad... a una vida mejor. Sabes muy bien que yo sola no puedo pagarte los estudios en un colegio como ese. No sé qué vamos a hacer ahora.

—Lo siento, pero nunca he encajado en ese sitio —digo. Cruzo los brazos y me vuelvo para mirar por la ventanilla. Que mi hermano consiguiera que todo pareciera muy fácil no significa que yo pueda hacer lo mismo—. No soy Quinton.

—No te estoy pidiendo que seas tu hermano —dice mamá—. Solo te pido que lo intentes. Ese colegio era tu oportunidad para ver que más allá de este barrio existe un mundo mucho más grande. Una posibilidad para ampliar horizontes. —Suspira—. Ya sé que es injusto, pero lo cierto es que cuando eres una chica negra y pobre del Wood, algunas personas ya tienen interiorizados una serie de prejuicios. No les des motivos para que crean que tienen razón.

No contesto. Me habla como si no me hubiera dicho eso al menos un millón de veces.

—Cuando no la estás liando en el colegio, te pasas horas sentada delante de ese ordenador. No es bueno, Amari.

Vale, sé que tiene razón. Pero no es fácil concentrarse en los deberes cuando oyes a los demás alumnos susurrando co-

sas sobre ti. Y publicar fotos de Quinton en todas las webs que puedo me hace sentir que estoy colaborando en la búsqueda. Ya sé que es una posibilidad remota, pero me da esperanzas.

—Cuando entres —continúa mamá—, quiero que metas ese portátil por debajo de mi puerta y lo dejes allí.

—Pero, mamá...

Hace un gesto con la mano.

—No quiero oír nada más. Hasta que no decidas tomarte tu futuro más en serio, el ordenador se queda conmigo. Ya seguiremos hablando mañana, ahora tengo que volver al hospital.

Bajo del coche y cierro de un portazo. Y ni siquiera me molesto en volver la vista atrás mientras me dirijo hecha una furia a nuestro bloque. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

Cuando entro en el piso, me dejo caer en el sofá y hundo la cara entre los cojines. Ha sido el peor día de mi vida.

Finalmente, suelto un gruñido, me siento y saco de mi mochila el viejo y maltrecho portátil. Lo ganó Quinton hace mil años, cuando quedó segundo en no sé qué concurso internacional de ciencias. Me lo regaló al año siguiente, cuando ganó otro mejor.

No me sorprende que la pantalla siga en negro después de haberlo abierto.

Lo abro y cierro unas cuantas veces, pero nada, sigue sin funcionar. Como está claro que el ordenador pasa de todo, lo dejo y me dirijo a la cocina para comer algo.

Lo malo es que cuando regreso, después de haber calmado los gruñidos de mi estómago, el portátil sigue sin encenderse. Cierro los ojos y me lo acerco a la frente.

—Mamá dice que tengo que entregarte y nadie sabe cuándo te va a devolver. Por favor, funciona.

Esta vez se enciende. Menos mal.

La wifi gratuita del barrio es superlenta, pero consigo copiar y pegar el cartel de la desaparición de Quinton en una docena de páginas web.

Por lo general, lo que haría a continuación es comprobar su correo (descubrí la contraseña ya hace mes: «Amari-Maravillosa», mi falso nombre de superheroína de cuando éramos pequeños), pero me puede la curiosidad y entro en el Instagram de Emily Grant para ver si hoy ha publicado algo. ¿Y qué encuentro? Una foto mía en su perfil con la siguiente leyenda:

¡Vacaciones de verano! ¿Y sabéis qué?

¡Por fin hemos sacado la basura en Jefferson! ¡Expulsada!

El *post* tiene mogollón de comentarios de otros alumnos. Solo leo unos cuantos antes de cerrar de golpe el portátil. «Aquí nadie la quería... He oído decir que robaba en las taquillas... Y todo porque el tonto de su hermano va y la palma...».

Ni a mí me han expulsado ni mi hermano la ha palmado. Con la mandíbula apretada, abro de nuevo el portátil, dispuesta a escribir una respuesta para callarles la boca a todos, pero entonces me aparece una notificación en lo alto de la pantalla y me quedo completamente rígida. Es un correo electrónico para Quinton.

1 mensaje nuevo: De Entregas Discretas

Puede que no sea para tanto, pero Quinton jamás recibe correos electrónicos. Nunca. Lo he estado comprobando desde el día en que descubrí su contraseña.

Abro el mensaje:

Paquete entregado.

Recibirás otro correo electrónico una vez que Amari Peters haya firmado, tal y como se solicitó.

¡Gracias por utilizar los servicios de Entregas Discretas, donde todo el mundo recibe lo que se le envía, lo sepa a o no!

Este correo se autodestruirá en 3... 2... 1...

Y el mensaje desaparece.

Doy un respingo, sorprendida. ¿Ese correo se acaba de...?

¿Y qué es lo que se supone que tengo que firmar?

En ese momento, alguien llama a la puerta.

—¡Un paquete!